

623
3

**Una romería vizcaina
a Santiago de Compostela
en el siglo XX.**





*Una comeria vizcaina a
Santiago de Compostela en
el siglo XX.*

En año Santo de Compostela

Con guerra de Cruzada en España

Bajo el signo imperial de Franco



RECUERDO DE LA PEREGRINACIÓN 25 AL 30 DICIEMBRE 1937
DEL II AÑO TRIUNFAL

294558



=====

**A Franco, Caudillo de la
España católica, marcial
e imperial.**

ENVÍO:

A V. E., Generalísimo de los Ejércitos de España, Jefe del Estado español que vislumbra su Imperio cercano, van dedicadas estas páginas. Ellas en sí poco o nada significan, más encierran perfumes de plegarias que cientos de peregrinos vizcaínos elevaron en vuestra hermosa tierra gallega ante el sepulcro de Santiago el Mayor porque El os guarde siempre e ilumine en la guerra y en la paz para bien de la Patria.





S Año Santo el de 1937 en Compostela, cuna de fe y solar de hispanidad. Y hay guerra santa de Cruzada en España, una vez más y siempre paladín de la catolicidad.

Rumores de plegarias fervorosas se elevan al cielo entre ruido de armas. Las mujeres rezan y trabajan. Los hombres rezan, luchan y mueren. Por Dios. Por España.

Ante la tumba del Apóstol Santiago, primer Alférez de la Patria, se postran piadosos romeros. A pedir por el triunfo con súplicas que tienen sabor de lágrimas; o de sangre generosamente vertida. Llegan de todas las tierras de España. Y de todos los frentes contra la anti-España.

Un día, apenas repuestos de la tiranía y opresión a que mendaces traidores vizcaínos les tuvieran sometidos, enarbolando muy alto el pendón de España, cientos de hijos de Vizcaya acuden también, en peregrinación austera y mortificada. Con el bordón de sus dolores, de sus seres queridos muertos por Dios y por España, de tantas persecuciones sufridas. Con la concha de sus ofrecimientos y promesas por la Cruzada. En época dura, de situación económica difícil, de incomodidades muchas.

Proclamando con sus cantos y rezos de romeros ante Burgos y Palencia—Castilla levadura de España—y ante León y Galicia entera que la Patria tiene también en Vizcaya hijos que la aman con largura de hechos, siquiera con parquedad de palabras.





Al verlos pasar, gentes castellanas, leonesas y gallegas pensarían: Son vizcaínos. Vienen de un pueblo que sufrió el doble tormento del odio a la fe y a la Patria. Aparece aún impreso en sus rostros el peso de la tragedia sufrida y su corazón de buenos españoles, doblemente patriotas, pena por el dolor de España y por la traición de los hermanos. Llegan a la tumba del Apóstol como a saturarse de fe, de fe católica, universal, ecuménica. En Dios. En Santiago caballero de Clavijo. En España. Para luego, amorosamente guardada, trasladar esa fe a su Vizcaya y distribuirla entre tantos todavía espléndidos de cerrazón mental que, sin emocionarse por la gesta que España libra contra el comunismo, la masonería y el judaísmo, aún dicen calladamente o piensan: "Primero Dios, sí, pero aquí, entre nosotros, en nuestros pueblos y caseríos, sin pasar el Ebro—que aquellos son de raza inferior—¡ah! y sin importarles—tal vez deseándolo—que los otros, los de allá, los maquetos, se hundan en su religión, en su cultura y en su civilización".

Y en la magnífica catedral de Compostela, en la ciudad que guarda aires de medioevo, de guerreros y romeros con atavíos abigarrados y exóticos venidos de todos los rincones del mundo a venerar los restos de Santiago el Mayor, los peregrinos vizcaínos elevaron sus preces al abanderado de todas las Cruzadas en que España anduvo metida—con la cruz en alto siempre y en su defensa la espada a mandobles las más de las veces—por la Cruzada y los cruzados de ahora que parece solo tuvieron que cambiar el chambergo y la pica por la boína o el gorro y el fusil, para lanzarse—una vez más—al campo del honor, que se libraba singular combate por Dios y por España.

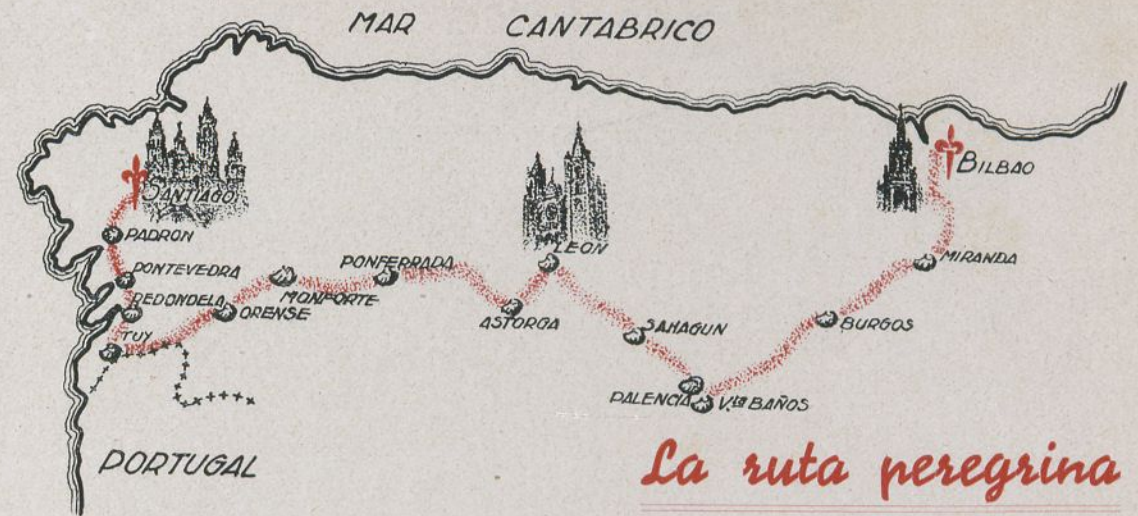


LA Iglesia basilical del Señor Santiago de Bilbao resucitó viejos recuerdos de una tradición casi perdida en Vizcaya. Y así su esbelta torre pudo contemplar otra vez, el 25 de diciembre de 1937, — después de un lapso de siglos—la partida de piadosos romeros que como aquellos otros de épocas pasadas—vascongados de tierra adentro o extranjeros que desembarcaban en Lequeitio para por Marquina y Durango llegar a Bilbao, encontrando luego de Valmaseda, en Castrogeriz, la gran ruta de los peregrinos santiagoistas—tomaban a Bilbao, el de la iglesia de Sant Yago, bajo cuyo patronazgo se puso la Villa, y el de la hospedería que para peregrinos hubo junto a San Nicolás, por etapa o punto de partida en la romería al sepulcro de Santiago a que su fe les impulsaba.





Después de constantes contrariedades y dificultades, vencidas principalmente gracias al empeño y cariño que el Excmo. Presidente de nuestra Diputación, Don Luis Lago, puso en solucionarlas, pero sobre todo vencidas por la inquebrantable fe que él y la Junta de Peregrinos tuvieron en que el Santo Apóstol las allanaría, partió la fervorosa peregrinación organizada por la Delegación de Prensa y Propaganda de F. E. T. y de las J. O. N.-S. de Vizcaya, — de la que era entonces Delegado el gran patriota Don Pedro M.^º Gaviria, — que llevó a Compostela el más alto fervor de la hispanidad vizcaína.



La ruta peregrina

Antes iban a pie, y aun descalzos, los peregrinos de Compostela, venidos de cualquier parte del orbe de la tierra. ¡Oh, aquellas calzadas romanas! ¡Oh, aquellas sendas de cabras, que escalaban los montes!

Ahora van en tren y en auto y en avión... Estos cambios los traen los tiempos y ¡claro! apenas si se ve flotar hoy el espíritu de penitencia en la ruta de las peregrinaciones.

Los peregrinos de Vizcaya escogieron el tren. Un tren especial que les fué concedido, cómodo, barato y ligero, que partía de Bilbao a las cuatro de la tarde del 25 de diciembre y anunciaba con jubilosos silbidos su entrada en Compostela el 26 a las ocho de la noche.

Le componían doce unidades, en las que se acomodaron hasta 700 viajeros. Iba empenachada su máquina y sellados con cruces de Santiago sus carruajes. Los cerca de mil kilómetros de distancia los hizo al ir de un tirón. Porque no se cuenta, para el caso, las momentáneas paradas en las estaciones de cruce. Ni la obligada detención en la estación de Monforte a que oyeran Misa los peregrinos.

Al venir hizo un alto en León, donde esperó a que los romeros visitaran la Catedral bellísima y luminosa. Y después ya, corre que te corre a Bilbao, donde llegó jadeante a las nueve de la noche del día 30. Había salido de Santiago a las tres de la tarde del día anterior. No se quejarán los peregrinos de Vizcaya del tren que les llevó a Santiago en ruta cómoda, barata y ligera. Les dió un pequeño susto, al ir, en Venta de Baños, donde se le recalentó un coche, que hubo de quedar fuera de ruta. Por lo demás, el tren iba orgulloso de transportar en sus entrañas a los primeros peregrinos de Vizcaya liberada, que iban a rendir sus almas ante el Apóstol de la Fe española.

Si le hubieran visto pasar aquellos peregrinos medievales, lanzando resoplidos de contento y haciendo nubes de vapor que se desvanecían al instante, le hubieran pedido la caridad de que los llevara también. No por lo cómodo, ni por lo barato... sino por lo ligero. Les acuciaba el ansia de llegar en marchas forzadas al sepulcro del Mayor de los Zebedeos. Y no por menos padecer la aspereza de la jornada, sino por ver la luz de la Estrella del Apóstol y obtener humillados la remisión de sus culpas.

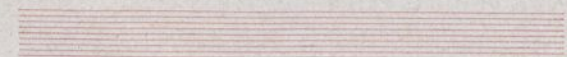
Los que tardaban antes en llegar a Compostela años y más años, hubieran llegado en horas, si en las sendas escabrosas que llagaban sus pies hubieran hallado la ruta peregrina de un camino de hierro. Y sobre él, rodando trepidante la máquina de vapor, arrastrando con señorial arrogancia y descomunal empuje, una retahíla de coches en desfile vertiginoso camino adelante de un sepulcro de gloria, meta obligada de todo penitente peregrino de antes y de ahora.

El lápiz valiente de Pepita García Valenzuela ha captado maravillosamente la escena. No sabemos si es la ida a Santiago con la ilusión del peregrino que va a dar satisfacción a los ardientes deseos de su fe, o la vuelta llena el alma de devociones y recuerdos. Pero los viajeros sienten sueño y descansan, menos la artista que toma en aquél momento el apunte. En su departamento, en el departamento de cada cual, ha habido lugar para todo, para rezos y cantos, para bromas y confidencias, para trato que les unirá más aun en tantos vínculos que ya les juntaban y creará una nueva amistad forjada en esta peregrinación a Compostela, que siempre les traerá gratos recuerdos. Mas por fin, poco a poco, todos fueron entregándose al reposo, llenando sus sueños de hermosas imágenes, si al ir de fe y esperanza, al volver de fe, esperanza y amor a Santiago y a Galicia.





¡QUE recibimiento tan sorprendente, tan caluroso y sincero, tributó Santiago a los peregrinos vizcaínos que de tierras hermanas de España llegaban! Entre cohetes, bandas de música, aclamaciones y banderas entraba el tren especial en Compostela, colmando la emoción de quienes a su paso por Galicia habían recibido hasta del más pequeño pueblo pruebas entusiastas de afecto. Si a ello se une el placer de haber contemplado las bellísimas rías gallegas y la sugestión que imponía el saberse en tierras del Apóstol, no es extraño que saltaran las lágrimas en muchos al desfilar—una vez recibidos en la Estación por las Autoridades santiaguesas—hasta el centro de la ciudad, entre los aplausos y los vivas encendidos del pueblo entero.



Los peregrinos vuelven de la Misa de Comunión que al día siguiente de su llegada tuvo lugar en el trascoro de la Catedral ante la imagen de la Dolorosa. Oficiada por el párroco de la Basílica del Señor Santiago de Bilbao, Don Alejandro Echevarría, y ayudada por Don Luis Llaguno, presidente de la Diputación de Vizcaya, tuvo un carácter simbólico pues parecía que Vizcaya entera, representada en su Presidente y en los cientos de peregrinos que fervorosos se agrupaban junto al altar, antes de llegarse a pedir al Santo Apóstol, quería ofrecer a su amada Madre los dolores, sufrimientos y penalidades pasados.



El desfile procesional hacia la Catedral



En la Alameda, a las diez y media de la mañana del día 27, se organizó procesionalmente y dirigió a la Catedral la peregrinación vizcaína presidida por las autoridades de Santiago, el Excelentísimo Presidente de la Diputación de Vizcaya, Don Luis Llaguno, Don Alejandro Echevarría, párroco de la Iglesia del Señor Santiago de Bilbao, el Sr. Delegado de Prensa y Propaganda de F. E. T. de Vizcaya, Don Pedro M.^a Gaviria, y la Junta de Peregrinos.

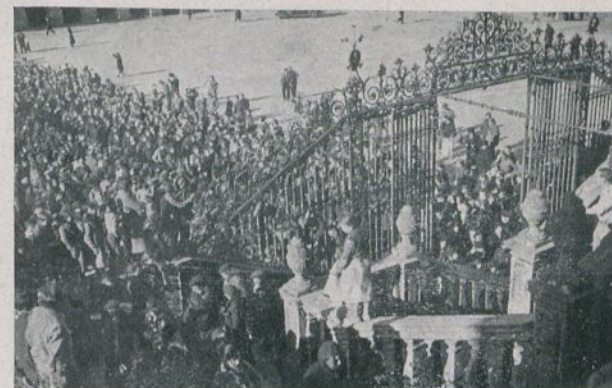


La peregrinación saliendo de la Alameda y entrando, entre los vítores y aplausos entusiastas y cariñosos del pueblo santiagués, que engalanó sus edificios y cerró sus comercios durante el desfile...



...por las viejas y estrechas rías que los peregrinos vizcaínos y sus hermanos gallegos que les contemplaban llenaron de plegarias, cantos y vivas a Cristo Rey, a España católica, al Generalísimo, a Santiago y a Bilbao.

OTROS DETALLES DEL DESFILE PROCESIONAL



UNA vez la peregrinación en la Santa Catedral, postrados los peregrinos vizcaínos a los pies del Apóstol, dió comienzo el Sacrificio de la Misa, oficiado por don Francisco Vidal, miembro de la Junta de Peregrinos. Durante el mismo se rezaron las preces del Jubileo. Y a continuación, el Excelentísimo Presidente de la Diputación de Vizcaya, don Luis Llaguno, en nombre de Vizcaya y de Bilbao, se dirigió al Apóstol realizando el solemne acto de la ofrenda en las emocionantes palabras que transcribimos.



Ofrenda de Vizcaya al Santo Apóstol



OS vizcaínos españoles teníamos contraída una deuda de gratitud con el Santo Apóstol.

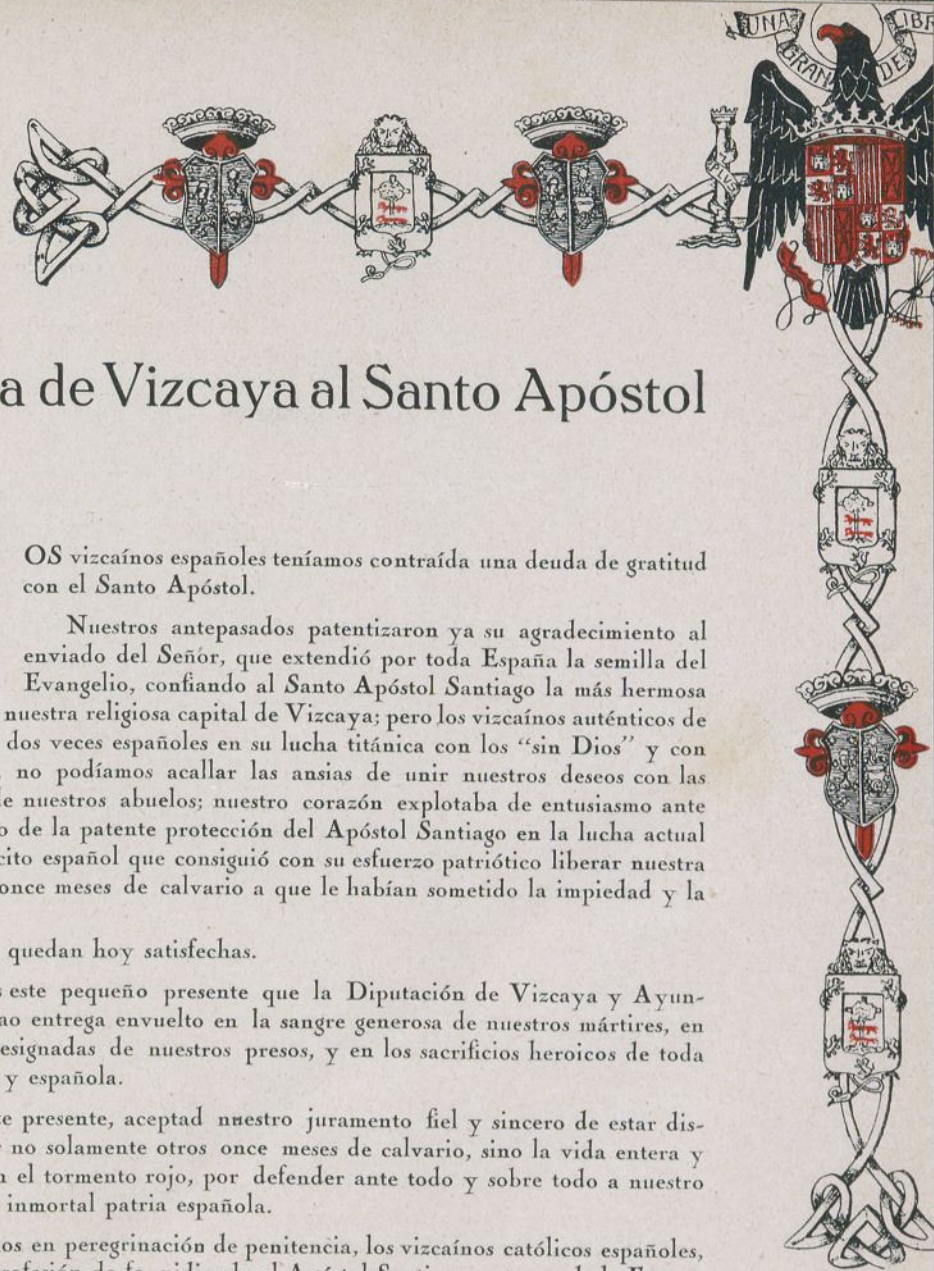
Nuestros antepasados patentizaron ya su agradecimiento al enviado del Señor, que extendió por toda España la semilla del Evangelio, confiando al Santo Apóstol Santiago la más hermosa iglesia basílica de nuestra religiosa capital de Vizcaya; pero los vizcaínos auténticos de nuestros tiempos, dos veces españoles en su lucha titánica con los "sin Dios" y con los "sin patria", no podíamos acallar las ansias de unir nuestros deseos con las manifestaciones de nuestros abuelos; nuestro corazón explotaba de entusiasmo ante el convencimiento de la patente protección del Apóstol Santiago en la lucha actual del glorioso Ejército español que consiguió con su esfuerzo patriótico liberar nuestra provincia de los once meses de calvario a que le habían sometido la impiedad y la demencia.

Estas ansias quedan hoy satisfechas.

Aquí tenéis este pequeño presente que la Diputación de Vizcaya y Ayuntamiento de Bilbao entrega envuelto en la sangre generosa de nuestros mártires, en las penalidades resignadas de nuestros presos, y en los sacrificios heroicos de toda Vizcaya católica y española.

Unido a este presente, aceptad nuestro juramento fiel y sincero de estar dispuestos a padecer no solamente otros once meses de calvario, sino la vida entera y aun a perderla en el tormento rojo, por defender ante todo y sobre todo a nuestro Dios y a nuestra inmortal patria española.

Aquí venimos en peregrinación de penitencia, los vizcaínos católicos españoles, a hacer pública profesión de fe, pidiendo al Apóstol Santiago, patrono de la España tradicionalmente católica, una bendición particular para el Generalísimo Franco, escogido por Dios para aniquilar a la masonería y salvar a nuestra querida España; que los españoles todos estén prevenidos contra los planes de esta masonería que trabajó y trabaja por la destrucción de nuestras creencias religiosas y de España; bendecid a nuestro glorioso Ejército, sus valientes milicias, y muy especialmente a todos aquellos soldados que sin respetos humanos confiesen públicamente a Dios, llevando sobre sus guerreras el santo Crucifijo; que a la terminación de esta Cruzada resuenen por toda España los gritos de Cristo reina, Cristo vence y Cristo impera.



Lo peregrino de Compostela lleva entre sus ilusiones la de ver el botafumeiro famoso de la Catedral. Y el Cabildo colma esa ilusión del peregrino, haciéndole balancear ante sus ojos.

El botafumeiro es un incensario colgante de la bóveda del crucero catedralicio, de magníficas proporciones, solemne y grave, que se reserva para las mayores fiestas del culto divino. Pero también se les muestra a los peregrinos del Apóstol, como nota brillante de religiosa curiosidad.

El botafumeiro tuvo en los siglos de las grandes peregrinaciones un motivo de higiene. Y de ahí nació su empleo. Era el de purificar la atmósfera del templo, después de las enormes concentraciones de peregrinos. Y del uso aquel vino a quedar como instrumento sagrado del culto litúrgico en las grandes solemnidades de la Catedral. Y siempre en las fiestas del Apóstol.

Se mueve a brazo de hombres por un ingenioso sistema de poleas, que le imprimen un balanceo colosal. Arde a veces en llamaradas y despidе nubes de humo blanco, que llenan de aromas de incienso los ámbitos del templo mayor.

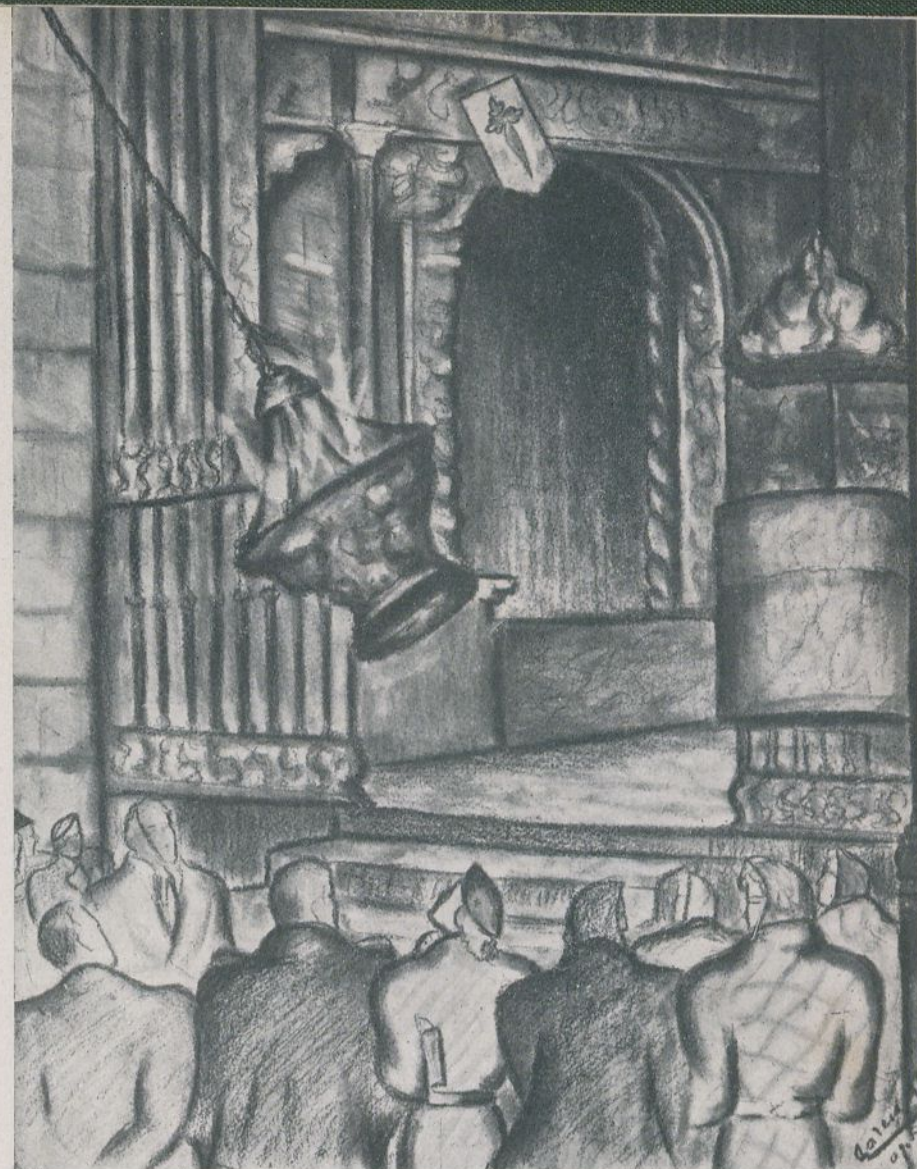
Pero cuando vienen los peregrinos, el botafumeiro tiene otra misión, que es la de acompañar el rumor de los rezos y los acordes de himnos. Mientras los peregrinos rezan y cantan, el botafumeiro se lanza a los aires vertiginoso, como para llevar al cielo el homenaje de los penitentes. "El olor de suavidad", que han de tener las oraciones de los fieles delante de Dios, se le dá en este caso a los peregrinos de Compostela el botafumeiro del Apóstol.

La elevación de la mente que ora, se expresa a maravilla en el botafumeiro lanzado al alto. Y la palabra de la plegaria se ofrece dignamente a Dios en el incienso bendecido que en su ardiente cavidad se quema.

Es un espectáculo originalísimo el botafumeiro del Apóstol, nunca visto más que allí.

El dramatismo litúrgico ha encontrado en Compostela una expresión feliz y perfecta. Las cabezas de los fieles se alzan a contemplar el rápido balanceo. Por sobre ellas pasa rozando el incensario gigante en sus idas y venidas. No pueden reprimir los que una vez le ven un grito de asombro. A los peregrinos de Vizcaya les hizo mucha ilusión el botafumeiro de Compostela, echando nubes de incienso por las rendijas de su copa de plata, mientras rasgaba los aires con alas invisibles, que le hacían subir cada vez más alto, hasta casi tocar la bóveda del templo.

En sus carbones está el fuego de nuestra piedad. En su incienso el aroma de nuestra plegaria. En su elevación la pureza de nuestra fe. Y como cuelga de la bóveda del templo de Compostela, donde duerme nuestro Apóstol, diríase que es símbolo del alma de la Patria, que ora y sube...





Fachada de las Platerías, la más antigua de la Catedral.



Algunos grupos de peregrinos después de ganar el Jubileo



Don Luis Llaguno con algunos miembros de la Junta de la Archicofradía del Glorioso Apóstol Santiago, delante de la Puerta Santa, abierta durante el tiempo jubilar, por la que los peregrinos vizcaínos salieron después de haber dado el tradicional abrazo de reconciliación al Apóstol y besado el altar bajo el que reposan sus restos.



El gran Hospital Real que con los otros hospitales de Santiago recibió la visita y obsequios a los heridos y enfermos de guerra en ellos instalados, de los peregrinos vizcaínos.



Al fondo, la entrada a los locales de la Archicofradía del Apóstol, a la que todo español que se precie de santiaguista debe pertenecer.



LAS RUAS DE COMPOSTELA



EN LOSADAS, firmes, severas y retumbantes al tacón de quien las pise. Y húmedas también por la caricia de la llovizna que las lava, dándoles tono de cristal.

¡Rúas de Compostela! La del Villar, la de San Pedro, la Nueva... Esto de la Nueva es gana de quitarle años a la que se adorna con el templo románico de Santa Salomé. La

Rúa Nueva es vieja como las otras rúas compostelanas. Viejas como la Fe que les trajo el Apóstol a los santiagueses. Viejas todas las rúas, como lo es toda la santa ciudad.

Se cubren a trechos con el toldo robusto de sus porches, que se apoyan en columnas chatas y nervudas, a las que lame el agua mansa y resbaladiza.

Cualquiera diría que las rúas de Compostela recubren sepulcros cristianos; porque sus anchas losas semejan lápidas, porque sus porches parecen nichos.

Fueron trazados con vistas al Sepulcro del Apóstol, para encauzar los pasos devotos de los Peregrinos. Al llegar estos a Compostela preguntaban por el Apóstol. La pregunta constantemente reiterada se elevó a título de calle, que se llamó del "Preguntoiro". Y la calle ésta les encaminó a las rúas. Y las rúas les pusieron a los piés del Apóstol dormido.

Las rúas de Compostela rezuman santidad penitencial. Tuvieron que ser de piedra para resistir perennemente el paso de las ingentes multitudes de peregrinos. Tuvieron que adornarse con porches, que son como tribunas bajas, desde las que los santiagueses vieran a las generaciones de peregrinos pasar.

A buen seguro que no hay pueblo que tenga calles tan históricas, como lo son esas rúas compostelanas. ¡Si hablaran sus losas! ¡Si hablaran sus porches!

En el archivo vetusto que hicieron los siglos en Compostela se registra una fecha más: La del paso devoto de los peregrinos de Vizcaya por las famosas rúas de Santiago, viejas y húmedas, escoltadas de porches severos, en los que se estacionan los gallegos a ver pasar hacia el Apóstol a sus hermanos los españoles y a los peregrinos de todo el mundo...





ON el alma en los labios en rumor de plegaria y chasquido suave de beso apasionado salió Vizcaya de Compostela, cuando caía la tarde del 30 de Diciembre.

Salió volviendo la cabeza atrás, como quien no quiere salir. No suponían los vascos peregrinos que bastaran tres días para quedar adheridos a Compostela. ¿Qué imán es ese que así atrae y junta a los que pasan por Santiago?

Bajaban por el camino de Cornes, desde el que se veía recortada entre celajes misteriosos la silueta de la gigante Catedral.

Allí quedaba el Apóstol dormido en su cripta silenciosa. Allí el Pórtico de la gloria, al que dá paso la maravilla del Obradoiro. Allí la Puerta Santa, abierta al Perdón de los pecadores. Allí las torres esbeltas y vigilantes, que montan la guardia de piedra de la santidad de la ciudad.

Los peregrinos de Vizcaya traían sus ropas impregnadas del aroma del botafumeiro, los oídos les rumoreaban las dulcísimas cadencias de las chirimías. Los ojos de todos

destilaban llanto de gratitud. El corazón se oprimía de pena. La conciencia satisfecha de haber cumplido un deber. Se les agolpaban los recuerdos de tres días, vividos en la ciudad del Apóstol.

Esta ciudad Santa es llamada de antiguo "La Jerusalén de Occidente". Bien merece que se le llame así.

La misma pasión que a los judíos les excitaba su Jerusalén, nos excita a los españoles nuestra Compostela.

No hay ciudad que se nos pegue a los huesos, ni se nos adhiera más firmemente al alma.

Como se sea español y se visite Compostela, se la siente, se la ama y se la vive. Y no hay quien se le quiera alejar.

Los peregrinos de Vizcaya salían con este voto en los labios, a los que se les asomaba el alma entera:

"Si te olvidásemos, Jerusalén, olvidémonos de nuestra mano derecha. Péguenos la lengua al paladar, si no te recordásemos a tí..."

Puestos en el tren de vuelta, los ojos de todos se volvieron a la ciudad.

Saltó de todos los labios un suspiro, de todos los pechos una oración...

Silbó el tren y arrancó de vez, llevando a los peregrinos de Vizcaya de la Jerusalén española...

¡Adiós, Compostela nuestra!

Nuestra y muy nuestra; porque eres la Compostela de España. Campo de la Estrella de nuestra Fe intrépida. Campo de la tumba de nuestro Apóstol Santiago.

Tan y tanto hizo el paso de Vizcaya tres días por Compostela, que al venir de vuelta de la peregrinación primera, vino planeando la segunda. Y al medio año poco más de haber venido, Vizcaya se dispone a volver.

Tiene aun los vestidos que huelen al incienso del botafumeiro. Tiene en los oídos las cadencias de las chirimías. Tiene en los ojos las imágenes de lo que vió... Y vuelve, vuelve con la ilusión de hacer mayor acopio de tanta vida, para trasplantarla a su suelo, en que se ha de dar ubérrimamente la vida de España, de la que Compostela es semilla y plantel.



Al retorno se detuvo la peregrinación unas horas en León para que sus componentes pudieran admirar los monumentos de la vieja ciudad,

el puro estilo gótico de su catedral,...



...la antigua hospedería del Convento de San Marcos, parada obligatoria de todas las grandes antiguas peregrinaciones,...



...y el Panteón de los Reyes, de la Colegiata de San Isidro, joya preciada del arte románico.

Y a las nueve y media del día 30 llegaban a Bilbao los romeros de Santiago, saturada su alma de espiritualidad y de las más puras emociones, confirmados en su santiaguismo y patriotismo; hermanos vizcaínos y gallegos en Santiago, en España y en Franco.

